

Pan con hormigas

Robier Rodríguez Leyva

FUE SÓLO PASADOS DOS AÑOS CUANDO BENITO PÉREZ, PENSANDO UNA VEZ MÁS en aquella tarde de hormigas, comprendió rotundamente la fuerza que ejerció en su destino aquel suceso de cuentos.

Pero ya para entonces había logrado comprender otras muchas cosas «de las que normalmente no se deben comprender en un país donde se vive, hace tanto tiempo, de cuento en cuento» se dijo, pensando en su pasado, aquella noche de humedad pesada y calor sofocante.

Estaba parado en la oscuridad, frente a la amplia ventana embotada de su minúscula y apretada celda, vistiendo sólo unos calzoncillos blancos hasta medio muslo y tratando de atrapar, de a poco en poco, una bocanada de aire fresco que no había bajo aquel cielo cubierto de bajas y macizas nubes que parecían querer aplastar a todo lo que quedaba por debajo de ellas.

Ésas eran las horas más pesadas del día. Al menos, así lo sentía él que dedicaba las diurnas a leer y a escribir cartas a los familiares y amigos.

Leía allí cualquier literatura, desde las Sagradas Escrituras hasta los más mediocres libros policíacos que circulaban de mano en mano entre los presos y de los que las hojas mugrientas parecían querer escapar. Y escribía. Escribía largas cartas a su madre, su abuela y a una prima que le respondía profusamente. A otros parientes y algunos amigos les escribía cartas más cortas y menos sentimentales.

Pero las horas de la noche, en las que la oscuridad no le dejaba leer ni escribir y el calor arreciaba, se le hacían desesperantes. Sin embargo, aquella noche se le volvió súbitamente diferente, pues trajeron para una celda al lado de la suya a otro preso al que tenía gran interés en conocer.

«Ése sí es un preso político de los de verdad» había oído decir en varias ocasiones refiriéndose a ese preso, pero hasta entonces no había tenido oportunidad de conocerlo.

Hablaron sin verse, con los brazos entre los barrotes y de ventana a ventana y teniendo por delante, al otro lado del pavimentado patio, un espeso muro que llegaba hasta la altura de la segunda planta donde estaban y por encima de él un paisaje de montañas lleno de oscuridad a esa hora. Pero el muro, pintado de blanco, parecía al alcance de la mano bajo las luces de neón de las lámparas que rodeaban el edificio.

Mirándolo, Benito tuvo la impresión de que era con él con quien hablaba y él el que le respondía. O que las palabras iban hasta el muro y rebotaban

para volver al edificio entrando a otra ventana por un milagro de perfecta reflexión.

«¿Tú eres Benito Pérez?», fue el primer rebote de palabras que recibió y se sorprendió de haber sentido en la interrogante un sentimiento de verdadero interés y hasta de respeto.

El segundo rebote de palabras lo golpeó en el pecho y lo hizo apretar con fuerza los barrotes entre sus manos como si temiera ser atropellado: «Mañana comenzamos una huelga de hambre y contamos también contigo», dijo el recién llegado y continuó contándole las travesuras que había hecho para lograr que lo llevaran hasta allí, hasta «el castigo», y que en el penal todos le mandaban saludos.

Benito sintió que el sudor que le corría por la espalda se le volvía agujas de hielo. Tenía 32 años y llevaba dos preso por un delito de los clasificados como Delitos Contra la Seguridad del Estado. El suyo era el más común de esos delitos y su nombre a Benito le parecía sacado de una novela de espionaje: Propaganda Enemiga. Por demás, sólo al cabo de ese segundo año en prisión era que comenzaba a tomar conciencia de la magnitud de su delito: «Porque en verdad», se decía muchas veces él mismo «cuando me metieron preso no tenía ni idea de qué era Propaganda ni tenía muy claro quién debía ser el Enemigo».

«Presos contrarrevolucionarios» le decían las autoridades a los que estaban por los delitos Contra la Seguridad del Estado. «Presos Políticos somos» le había oído decir en los primeros días de prisión a uno de ellos mientras discutía con un oficial. «Presos Políticos de los que el Gobierno no quiere reconocer que tiene, pero Presos Políticos y por ideas».

«¿Por qué ideas estaba él preso?» se preguntaba Benito. Y aún después de bien enterado de su nueva condición se mantuvo huyéndole a la conciencia de tener algo que ver con política. Pasó todavía los primeros meses de preso como en un sueño de pesadilla y confiando en que no era más que un error lo que le sucedía y que en algún momento debían enmendarlo.

Viviendo los presos políticos en diferentes destacamentos y dispersos entre los presos comunes, Benito se camufló entre los últimos y casi ni se dio a conocer entre los primeros. Pero en breve se percató de que no le era posible convivir con tanta depravación.

Había sido criado sólo por su madre y como hijo único «con el esmero necesario para que llegara a ser un hombre de bien» decía ella siempre y se preocupó por mantenerlo apartado de que ni si quiera conociese que existían lo que ella llamaba «malos caminos». Así Benito, de la casa a los estudios y de éstos a la casa se hizo técnico medio y comenzó a trabajar. Pero siguió viviendo en el mismo círculo en el que se sentía protegido por su madre. Y llegó a los 30 años sin más experiencias de la vida que la que le proporcionaba ese cerrado mundo, con la poca maldad de 2 ó 3 travesuras cuando le tocó ir a la escuela al campo por unos días, y con la pequeña historia de algún que otro noviazgo frustrado por infantiles celos. Hasta que lo sorprendió aquella tarde de las hormigas.

Ya cercano al primer aniversario de su vida en prisión, sofocado por la convivencia cercana con la violencia viendo a su lado robo, juego, droga y sodomía a diario, Benito aprovechó un robo que hicieron en su celda y tuvo el valor de provocar una riña con la esperanza de que lo llevaran para «el castigo», de donde había oído decir que se vivía en celdas aisladas e independientes, y que algunos se quedaban permanentes allí.

«Veintiún días de castigo» le dijo el Jefe de Destacamento. Era un teniente joven y Benito en privado le confesó sus esperanzas y su incapacidad de seguir viviendo en destacamentos en medio de aquella delincuencia. El oficial le expresó con desinterés que eso no estaba en sus manos resolverlo. Pero cuando Benito le dijo que entonces él hablaría con alguien de la Dirección para explicarle su problema, el teniente se apresuró a prometerle que vería si podría ayudarlo. «No conviene que me vayan con chismes a la Dirección de que en mi destacamento hay esto y lo otro», pensó.

Benito no tuvo idea de la razón por la que el jefe del destacamento aquel lo ayudó en la decisión de que quedara permanente en el castigo, ni se imaginó la forma que tuvo aquella ayuda ni las consecuencias que le traerían. Todo eso sólo lo supo aquella noche después de haber sentido el miedo bajando por la espalda disfrazado de sudor helado.

Lo supo porque el recién llegado le contó cuánto se había comentado en todo el penal, sobre todo entre los presos políticos, la actitud digna y valiente que él, Benito Pérez, había tenido al desafiar a su jefe de destacamento.

«Yo mismo oí a ese oficial contándoselo a otro» le contó con entusiasmo desde su vecina celda mientras el calor se volvía más denso. «Decía que tú lo habías amenazado con formarle disturbios en el destacamento y que vivías haciendo proselitismo político».

Eso último fue lo que le dio la luz sobre lo que realmente había ocurrido: el jefe de destacamento se inventó toda una historia, con amenazas y proselitismo por el medio, para respaldar la solicitud de que quedara permanente en el castigo.

Otros dos presos políticos había allí permanente y Benito intimó con ellos a lo largo del último año transcurrido. Eran dos hombres maduros y con experiencia y conocimientos y Benito, escuchándolos en cada hora diaria de salida al patio de todo ese año, había logrado entender muchas ideas que antes ni siquiera existían para él. Ellos habían participado en ayunos de protesta y le contaban muchas de las cosas pasadas, y Benito sentía escalofríos cada vez que oía hablar de «huelgas de hambre». «No por el hambre» pensaba «sino por representar eso una posición política definida».

«Los políticos y las suegras son las peores plagas que se conocen» le había oído decir una infinidad de veces desde muy pequeño a su abuelo materno. Este abuelo, Bonifacio Martel, era un jovencito veinteañero en los años 30. Militó activamente en la revolución que derrocó al dictador General Machado en el 33 y luego se incorporó al grupo «Joven Cuba» que lideraba Antonio Guiteras. Muerto éste en el Morrillo dos años después, el joven Bonifacio sintió tal desilusión que se retiró a cultivar la tierra que heredaba de su padre y no quiso saber nada más de política para el resto de su vida. Ni siquiera el

contento general que hubo en el país al triunfar en enero del 59 otra revolución que derrocó entonces al dictador General Batista y por el cual Bonifacio sentía repudio especial por considerarlo un traidor a «la revolución del 30» y por su implicación en la muerte de Guiteras, lo hizo dejar de desconfiar.

«Se joden Generales y suben Comandantes» había dicho en el 59 y concluía «¡todos la misma ralea!». Y continuaba repitiendo lo de los políticos y las suegras. Un año después nació Benito y año tras año le oyó al abuelo repetir lo mismo y así la idea entró en su espíritu junto con los olores felices de la infancia. Y por eso fue heredero de aquella prevención traumática que conservó el abuelo toda su vida.

El padre de Benito, sin embargo, había sido un «alza'0» de la Sierra Maestra, de donde bajó con grados en el 59. Se casó enseguida con la hija mayor de Bonifacio y, con poco contento de éste, se la llevó a vivir a otro pueblo. Pero dos años después la abandonó con el niño de un año y la madre volvió a la casa paterna con la criatura. Fue por esa época cuando Benito sufrió el trauma con las hormigas que sería tan influyente en su vida casi 30 años después.

Benito vivió con el abuelo hasta los 15 años. Entonces su madre fue a vivir a la ciudad, en la casa de un tío, y puso al hijo a estudiar en un tecnológico. Benito se las arregló para, durante sus años de estudiante y luego de trabajador, no tener nada que ver con política. Según su idea esto significaba no dejar de asistir a ninguna de las actividades políticas que convocaran en la escuela, el centro de trabajo y el C.D.R. de la cuadra. Nunca se detuvo a pensar en lo paradójico que podía resultar esta situación y la aceptó como algo normal; pero en cambio se las arreglaba siempre para no llamar la atención ni destacarse en ninguna de esas actividades. Intuía que, precisamente, no asistir a ellas sería visto como meterse en política contra el Gobierno, y destacarse en ellas era hacerlo a favor del Gobierno. «No es posible otra neutralidad» pensaba.

Por todo esto dos años después de estar en prisión lo asustó la conciencia de que era un preso político.

«Un preso político de los de verdad» volvió a recordar aquella noche lo que había oído decir de ese preso que tenía ahora al lado y que le traía aquella historia sobre él y la huelga. Y se volvió a asustar de él mismo y de aquella voz interior que repetía «un preso político de verdad» y que lo hacía sentirse orgulloso a pesar del miedo que todavía lo mordía.

Y mientras el vecino le contaba cómo la habían organizado Benito pensaba en cómo se había iniciado todo para él con aquel pan con hormigas.

Cuando le preguntaban siempre decía eso, que estaba preso por un pan con hormigas. Y entonces siempre le volvían a preguntar que qué había hecho para «buscarse un pan con hormigas», pensando que él se refería al dicho popular con que se expresa un problema grande.

Benito, desde el principio, se percató del casual juego de palabras; pero dejaba a los preguntones con la incógnita y, ni siquiera a los otros dos presos políticos con los que durante el último año había intimado, les había explicado la verdad de por qué estaba preso, y les inventó una historia de carteles puestos en no sé cuantos lugares para explicarles eso del «pan con hormigas».

Pero se había percatado ya de que durante el primer año no lo explicaba por su trauma con la política y su natural timidez, mientras que después de un tiempo allí en el castigo había inventado una historia porque simplemente le daba vergüenza estar preso por tan poca cosa.

Aún no podía explicarse cómo fueron a parar tantas hormigas a aquel lugar. Muchas veces era su madre la que iba a buscar el pan, pero la casualidad quiso que fuese él precisamente el que fuera aquella tarde. Recordaba que al llegar del trabajo había encontrado a su madre enferma, y antes de cerrar la puerta siquiera ella le pidió que fuese a comprar el pan. «Mira que te den uno blanco» le había dicho al salir, pues no le gustaba el pan cuando tenía la corteza un poco quemada. Ella siempre se las arreglaba para que se lo buscaran más o menos blanco y que no estuviese muy aplastado. Pero a él le daba vergüenza entrar en el regateo aquel con la dependienta y siempre cogía el primero que le daban. También por esto le extrañaba tanto su misma reacción y sus palabras ante el hecho absurdo de las hormigas.

«Tal vez si hubiesen sido cucarachas, alacranes o ciempiés hubiese pasado... ¡pero hormigas!» pensó en broma aquella noche de dos años después.

Había sido criado en el campo y estaba por ello acostumbrado a lidiar con toda clase de alimañas. Pero teniendo apenas un año de nacido sufrió una experiencia sobrecogedora que lo dejó marcado psicológicamente para el resto de su vida con un pavoroso miedo a las hormigas. La madre lo dejó una mañana jugando desnudo sobre una loza pulida de piedra blanca que había en una esquina del patio mientras ella lavaba en una gran batea a sólo unos pasos. Algo fue a hacer ella a la cocina un momento y entonces el niño Benito escapó de la loza a toda velocidad de sus cuatro puntos de apoyo y fue a dar, en el otro extremo del patio, al centro de un hormiguero. Las hormigas eran bravas y a los gritos del niño acudió corriendo la madre que lo encontró revuelto en el fango, entre las gallinas y con todo el cuerpo cubierto de hormigas. Sin pensarlo dos veces lo tomó por las axilas, lo zambulló en la batea y lo restregó con la misma ropa que lavaba.

Pasaron muchos días antes de que le bajara la hinchazón de tantas picadas juntas, pero la impresión psicológica no lo abandonó nunca más. Ya de mayor creía recordar con exactitud el episodio, pero era sólo una ilusión producida por las tantas veces que le había oído a su madre el cuento. El verdadero efecto era subconsciente.

De todos modos, no fue hasta pasados dos años, en aquella noche asfixiante en que conversaba con aquel reciente vecino, que Benito asoció conscientemente el episodio de las hormigas de su infancia con lo sucedido aquella tarde del pan con hormigas.

Lo detuvieron. Durante el proceso de investigación, en el que estuvo más de un mes encerrado en los calabozos de la Seguridad del Estado, comprendió que la actitud de neutralidad política en la que había intentado refugiarse toda la vida se le viraba en su contra. No se explicaba muy bien qué podía tener de malo aquello, pues él siempre se comparaba un poco con los compañeros de trabajo y los vecinos y conocidos, y sentía que la mayoría era como él.

«Aquí la mayoría están y no están al mismo tiempo» pensaba y por eso se sentía seguro de que ésa era la mejor manera de vivir tranquilo, sin buscarse problemas. Pero durante la investigación y también en el juicio vio cómo fueron apareciendo testimonios de conocidos que lo indicaban como sospechoso precisamente por su neutralidad.

«La verdad es que él nunca fue muy entusiasta para nada», declaró la Presidenta del C.D.R., una viejecita a la que él saludaba siempre con cariño.

«Nosotros teníamos designado a un compañero con la tarea de realizar trabajo político-ideológico con él» comentó para el proceso investigativo el Secretario General de la U.J.C. en la fábrica donde trabajaba, y agregó «parece que no tenía arreglo».

La gente del Sindicato no dijo ni sí ni no, y el Partido dio un «miting» en su taller «para la expulsión oficial del contrarrevolucionario Benito Pérez» habían expresado.

«¡Contrarrevolucionario, contrarrevolucionario de mierda!» le habían gritado, primero un hombre vestido de verde-olivo que lo acusaba y luego dos o tres personas más que habían presenciado y escuchado sus palabras la tarde de la detención.

Todo el proceso lo volvió a recordar Benito aquella noche mientras escuchaba allí, desde su celda, a aquel preso político que él sinceramente admiraba. Y se preguntó si valía o no la pena meterse de veras en política y si se resolvía algo con andar constantemente escondiendo la cabeza. Se lo preguntó y se lo volvió a preguntar escuchando al vecino que le comentaba ahora que habían preparado muy bien la huelga aquella del próximo día y que ya la información estaba para la calle y que lo habían incluido a él, a Benito, porque todos aseguraban que con los políticos que estaban allí en el castigo siempre se podía contar: «por eso vine a avisarles».

Benito alzó la vista al cielo de nubes negras y respiró profundo un aire fresco que comenzaba a batir arremolinando las ramas del árbol que veía allá, más cercano que las montañas que no se veían a esa hora. Un momento después relampagueó en todo el horizonte y el aire fresco creció en ráfagas.

Lo más inexplicable para él habían sido siempre sus propias palabras aquella tarde del pan con hormigas. «¿De dónde saqué aquello? ¿De dónde me salió aquella idea?» se había preguntado un millar de veces. En los primeros días de estar detenido revisó mentalmente todas las conversaciones que había tenido en los días anteriores para ver si alguien había dicho esas palabras y él entonces las había repetido como un loro, pero no las encontró. Pensó en si las había leído en algún lugar u oído en la radio o la televisión, pero no le pareció.

Aún al cabo de dos años seguía sin encontrar una explicación a sus propias palabras de aquella tarde y entonces pensó en si no sería que esas palabras estaban en su cerebro ya cuando nació, en si serían palabras heredadas de su padre, por su rebeldía cuando la dictadura de Batista, o de su abuelo Bonifacio, por su época de luchador contra la dictadura de Machado, antes de su cambio a no querer saber nada más de política. «Quizás aquella vieja idea

apolítica de mi abuelo no era más que un gesto de rebeldía genética permanente en la familia» pensó.

Fuese como fuese, no dejaban de asombrarlo sus palabras de aquella tarde.

Llegó a la cola del pan y esperó su turno con paciencia mirando distraído el pasar de la gente en el atareo diario de esa hora en la que está llegando el final de una jornada. Alrededor del mostrador se aglomeraba un grupo de personas esperando simplemente o para que alguien le comprara. Cuando estuvo más cerca del mostrador Benito las vio. Pero pensó que habrían subido unas pocas del suelo atraídas por las migas. Pero cuando ya sólo le faltaban tres o cuatro lugares para comprar alcanzó un extremo del mostrador y entonces lo vio completamente cubierto por las hormigas. Eran negras y normales, de las llamadas «locas», que corrían en todas direcciones. Por un momento Benito no supo de dónde salían, pero un instante después se percató de que estaban en los mismos panes.

Cada vez que la dependienta sacaba un pan, de cualquiera de los sacos que estaban a su alrededor en el suelo, y lo dejaba caer sobre el mostrador salían veloces una infinidad de hormigas de su superficie y su interior. Corrían ésas y antes de que unas pocas alcanzaran los bordes del mostrador ya iba detrás otro ejército de las de otro pan salido del respectivo saco.

Entonces Benito comenzó a sentir como que era por sobre su cuerpo por donde caminaban. El cosquilleo perturbador le comenzó por los ojos y se le extendió rápido por el cuello, el pecho y las extremidades, hasta que sintió todas aquellas hormigas caminándole por fuera y por dentro de su piel con aquel paso loco de infinitas direcciones.

Los ojos, por donde sentía Benito que le habían entrado, se le quedaron fijos primero en la superficie de granito pulido llena de hormigas del mostrador y después los alzó. Miró a la dependienta con la misma mirada con que a las hormigas y le vió el rostro impasible y satisfecho de quien cumple normalmente con su trabajo.

La mano derecha de ella sostenía alternativamente un bolígrafo con que marcaba la libreta de abastecimiento que cada comprador le extendía y un cuchillo de hoja larga, ancha y afilada con el que cortaba las raciones de pan que le correspondían a cada libreta. Con la mano izquierda sacaba los panes de alguno de los sacos y recogía luego el dinero que le dejaban caer sobre el mismo mostrador los compradores, casi siempre monedas de 5 y 20 centavos. Con ambas manos de vez en cuando se sacudía las hormigas que le subían por los brazos y el cuello.

A Benito siempre le había molestado la falta de higiene con que veía que se despachaba en tantos lugares; pero ahora, además, por entre las monedas, el cuchillo, el bolígrafo y las manos y brazos de la dependienta, corrían las hormigas aquellas a cual y mejor, incesante y crecientemente. Y a los panes le salían de adentro y los compradores se alejaban sacudiéndolos muy tranquilos.

«Pero óigame, ¿qué es eso?!» casi gritó Benito cuando sólo le faltaba ya un lugar para comprar. La dependienta lo miró un instante como si no entendiera a qué se refería aquella pregunta exclamativa y luego, sacudiéndose otra

vez los brazos, alzó los hombros con gesto tranquilo y resignado. «¿No lo ve?... son hormigas, nada más que hormigas» dijo con una sonrisa forzada.

Fue entonces cuando Benito comenzó a perder el control de sí mismo. Recorrió con la vista los rostros de los que estaban a su alrededor y preguntó impersonalmente y con un creciente sentimiento de desamparo «¿pero aquí a nadie le importa esto?» Le respondieron algunas miradas curiosas, otras burlonas y las más indiferentes.

Las hormigas bajaban en enjambres desde el mostrador y se desparramaban en el suelo, y Benito sintió cómo le subían, ahora de verdad, por fuera y por dentro de los pantalones. «Déme su libreta» le dijo la dependienta en tono de reproche. Pero ya Benito no escuchaba lo que decían. Se cegó y sólo recordó después que lo que más sintió en aquel momento fue vergüenza, una vergüenza desesperada y angustiada por él y por todos allí.

Cinco años de prisión le pedían y en el juicio se quedó en tres. La abogada defensora, a la que vio sólo unos instantes antes del juicio, pidió que le cambiaran el delito de Propaganda Enemiga por Desorden Público. No lo logró, pero consideró una victoria la rebaja de dos años arguyendo la ausencia de antecedentes penales de Benito y su colaboración con el proceso de instrucción. Además se le había acusado también, en un principio, de Desacato a la Autoridad, pero quedó claro con los testigos presenciales que Benito no le hizo resistencia a la policía cuando se presentó en el lugar de los hechos. Sólo quiso decir algo más, pero no lo dejaron y lo empujaron con violencia dos policías hasta el auto celular.

«Yo no recuerdo casi nada de lo que dije» declaró con absoluta sinceridad durante el proceso. «¿Y qué es lo que recuerda?» le preguntaron. Y con la misma sinceridad respondió lo que recordaba de todo lo que dijo alto, muy alto, aquella tarde de hormigas: «¡Que ya no sólo dejamos que no nos respeten quienes nos gobiernan, sino que además no nos respetamos nosotros mismos!»

«¡Con eso basta!» exclamó el fiscal.

Ésas eran las palabras que él no pudo explicarse nunca de donde las sacó. Pero estaba seguro de haberlas dicho y al cabo de dos años comenzaba a sentir las suyas de verdad.

Aquella noche las recordó una vez más mientras el recién llegado a la celda vecina terminaba de contarle algunas noticias nacionales e internacionales. Era evidente que al hombre le gustaba conversar, pero afuera comenzó a llover con fuerza y tuvieron que apartarse de la ventana y abandonar la charla.

Ya era bastante tarde y Benito se acostó. Horas después aún continuaba despierto en la oscuridad pensando insistentemente en aquella huelga de hambre que comenzaba al siguiente día. Finalmente, en algún momento de la madrugada, Benito imaginó a la carretilla en la que llevaban el desayuno y al guardia que lo repartía sacando los trozos de pan de una vasija. Y en la imagen vio cada trozo que el guardia sacaba lleno, totalmente lleno, de hormigas. Se sonrió entonces, satisfecho de su imagen, y virándose de un lado se durmió profundamente.